

La trama y el revés de la reforma educativa.

Por Jorge C. Moutafían T.

Como ocurre en toda reforma en torno a ella se generan conflictos de intereses y de visiones que, si bien estaban diluidos en el escenario de lo público, hoy emergen en sus contradicciones. Un lector crítico podrá observar tras los discursos técnicos de apariencia objetiva, sustratos ideológicos en los que deben buscarse los verdaderos cimientos de los desacuerdos. La forma misma de concebir el rol del Estado, la forma de ver lo público y lo privado y los énfasis para resolver la ecuación de igualdad y libertad están en la base de la discusión. De todos modos, las discusiones hacen bien a las sociedades que desean mejorar y no hay que tener miedo de sostenerlas.

En lo que a mi concierne he seguido muy de cerca los sentimientos y razonamientos que mis estudiantes vienen expresando en su progresiva participación en la “cosa pública” y considero que la experiencia que han vivido es positiva. No voy a juzgar si sus argumentos son correctos o no los son, me basta con valorar que los tienen, que se han sentido motivados por adquirirlos, por sostenerlos y por defenderlos sin la necesidad de que entren en ninguna prueba Simce. La emergencia de liderazgos no centrados en la estética sino sustentados por la capacidad de argumentar o la habilidad para expresarse frente a los pares es una oportunidad no una amenaza; la experiencia paradójal junto con el imperativo de coherencia, la toma de conciencia de que no sólo el sistema condiciona a los actores sino que, mediante la práctica social, un individuo asociado a otros puede influir en “el sistema” es, en sí misma, una experiencia liberadora. Esto último no es menor cuando se trata de formar sujetos libres. La exigencia creciente de responderse a preguntas tales como ¿por qué son las cosas como son?, ¿cómo sería mejor que fueran?, ¿qué hace falta para lograr que sean mejores?, ¿vale la pena movilizarme (ponerme en movimiento) hacia una

meta tan intangible como un valor donde la asignación de beneficios no es inmediata?, debe ser educativamente valorada por los adultos.

Como diría el viejo Parménides de Elea: *las cosas son y no son a la vez* y, si bien considero tremendamente valiosa la experiencia formativa que muchos de nuestros jóvenes están haciendo, en el terreno macro el resultado de dicho movimiento favorece más al *statu quo* que a la vocación reformista.

El problema de la educación está, a mi juicio, insuficientemente planteado. Primero asume como verdadero el supuesto de que *el lucro es la razón central de la falta de calidad*, cuando esto no es así. El fin de lucro no garantiza la calidad pero tampoco es responsable de su carencia. El fin de lucro es un sistema de asignación de estímulos, el cual promueve que algunos actores se vean orientados al logro con un espíritu más emprendedor que aquellos que carecen de dicho estímulo. Establecer el fin del lucro como causa central de la pérdida de calidad es un error, de no serlo los colegios municipales, en su carácter de gratuitos, deberían arrojar mejores resultados y ello no acontece.

Un segundo supuesto es considerar que una suerte de competencia entre colegios subvencionados y municipales explica la pérdida de calidad de los colegios estatales. El problema de la calidad no se corrige quitando los estímulos que sustentan la oferta educativa de los colegios subvencionados sino estimulando mejor a la oferta estatal para que ésta sea atractiva y, en esa medida, la gente elija educar bien a sus hijos gratis antes que educarlos bien pagando. Dotar de calidad a los colegios estatales (en todas sus formas) regularía en términos positivos el "mercado educativo". Sin embargo, en la nueva reforma el tema de la calidad se reduce a la mejor vigilancia de los actores educativos.

Nuevamente el énfasis está en lo administrativo del sistema educativo y no en los factores de gestión de los centros escolares y en los aspectos pedagógicos de éstos. Vigilar y supervigilar no resuelven el problema, lo profundizan, pues afirman más los sistemas piramidales que licuan su responsabilidad en las bases y la delegan hacia arriba generando actores cada vez más “irresponsables”, faltos de iniciativa y temerosos de experimentar nuevas acciones. Cuando un sistema se centra en lo administrativo, los actores que genera son administradores de cosas y personas, y lo que necesitamos es gente capaz de crear nuevas oportunidades, pues quien administra lo que hay no obtendrá resultados distintos a los actuales y convengamos en que los resultados evidenciados no responden a las expectativas de nadie.

Un tercer aspecto a considerar es el concepto mismo de la calidad. Es necesario crear ciertos acuerdos conceptuales básicos y alinear los sistemas de evaluación con ellos. Sobre esto tampoco se ha avanzado, más aún, se mantienen dos lógicas y discursos contradictorios. Por un lado se integran saberes a nivel discursivo y, concomitantemente a ello, se restringen los indicadores de logro a un puñado de conocimientos. Por un lado se sabe hoy como nunca de la importancia del cuerpo, los afectos y las emociones, la ética y la fantasía en el desarrollo de un sujeto integral, mientras que los resultados de todo un sistema educativo se miden con arreglo a la capacidad de repetir contenidos o resolver ejercicios legitimados por pruebas estandarizadas a nivel nacional. Advierto que es comprensible la necesidad de ellas pero considero que no pueden ser la medida para evaluar el éxito o fracaso de una gestión escolar. Es un tremendo error que se paga caro, su costo es todo aquello que va quedando fuera de la mira de la gestión escolar y, por ende, de la gestión educacional. Frases familiares como “no perdamos el tiempo hablando de la vida, démosle productividad ejercitando ensayos PSU”, “menos horas de arte, filosofía, tecnología y más horas de lo que entra en el Simce” son muestra de ello. Si nuestros colegios son percibidos (y medidos exclusivamente) en su calidad por la capacidad que tienen de obtener resultados

en estos sistemas de evaluación, la oferta educativa va perdiendo su riqueza, creatividad, matices y complejidad para reducirse a un pequeño universo de saberes y habilidades. ¿Qué pasa entonces con la motivación como motor del aprendizaje?, ¿qué lugar ocupa la pérdida del sentido del aprendizaje y del pensamiento en el desarrollo de la calidad?; depende del concepto de calidad que subyace y éste concepto, insisto, está ambiguamente expuesto en la LGE.

El cuarto aspecto a considerar lo propongo en forma de pregunta: ¿qué expectativas tenemos de la labor de un colegio?; sin duda cada lector me dará una extensa y heterogénea lista de expectativas; un chico se droga y surge la pregunta: ¿qué hace el colegio?, una joven no logra entender y orientar su sexualidad y nuevamente la pregunta: ¿qué hace el colegio?, un apoderado deja estacionado su vehículo en doble fila y la pregunta: ¿qué hace el colegio? Y esta misma pregunta se aplica en miles de situaciones. Esta persistente pregunta nos muestra que depositamos en los colegios una exagerada cantidad de expectativas, por cada expectativa que perdemos del resto de institucionalidad social ponemos una en la institución escolar. La educación es una función social que no puede agotarse en la institución educativa, lo que está sucediendo es que hemos claudicado de dicha función social y les trasladamos a los colegios la responsabilidad de resolver tal carencia. La reflexión sobre cómo estamos educando espera respuesta no sólo de los profesores, directores o paradocentes, espera respuesta de las familias, los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos, las iglesias, las empresas y todos los que constituyen aquello que llamamos sociedad.